

Pogorelich en Soria

EL RETORNO DEL VIRTUOSO

Otoño musical. Teatro de la Audiencia. 19-IX-2002. Ivo Pogorelich, piano. Beethoven, *Sonatas n.º 17 en re menor op. 31, n.º 2, "Tempestad" y n.º 27 en mi menor, op. 90.* Rachmaninov, *Seis momentos musicales op. 16.*

SORIA Después de una larga ausencia, Ivo Pogorelich retornará a la actividad concertística con una gira por algunas de las principales capitales europeas en marzo de 2003. Para prepararla, se rodó en septiembre con su debut en Soria —coincidiendo con la celebración del Otoño musical soriano— y con tres conciertos más en pequeñas ciudades alemanas.

En la primera parte de su actuación soriana se dio la paradoja de que, a pesar de poder reconocer en todo momento las virtudes del pianista serbio (su fraseo, su *legato*, su sonido), uno nunca dejó de aburrirse. Porque Pogorelich añadió diez o doce minutos a la *Sonata n.º 17, "Tempestad"*, de Beethoven y cuatro o cinco a la *Sonata n.º 27*. Demasiado tiempo como para poder disfrutar de sus cualidades, por muchas que éstas sean. Dio la impresión de que Pogorelich quiso modificar el concepto de estas sonatas: al atenuar el contraste entre los movimientos lentos y rápidos y al tocarlos casi seguidos, parece que hubiera querido convertir cada sonata en un *continuum* hiperromántico. Y ahí radicó su error: en estas sonatas de Beethoven siguen siendo esenciales los principios clásicos de la claridad y la distinción formales, que Barenboim supo defender tan acertadamente.

En la segunda mitad, Pogorelich tocó los *Seis momentos musicales* de Rachmaninov mejor que el Beethoven de marras. Siguiendo su costumbre, convirtió los andantes y andantinos en adagios, pero se sacó la espina en el cuarto y, sobre todo, en el sexto, que tocó a su debida velocidad. Y entonces brillaron sus enormes facultades, en nada mermadas por su retiro: su



Ivo Pogorelich en el Auditorio Nacional en marzo de 2000

poderosísima técnica, su fuerza, su manejo del pedal y, sobre todo, su rutilante sonido. El delirio llegó con la propina: un *Islamey* de Balakirev antológico que, junto con el último de los *Momentos*, nos resarcía de tanta lentitud y tanto muermo.

Si sigue por este camino, es posible que a Pogorelich sólo se le reconozca por su aportación al género virtuosístico, repertorio en el que siempre se han especializado ejecutantes más dotados técnica que musicalmente (Cziffra, sin ir más lejos).

Paradójicamente, el virtuoso a quien pudimos escuchar no es hombre que carezca de musicalidad, sino que la malgasta exagerando cada vez más sus acostumbrados caprichos.

José del Rincón